

ESPEJISMOS
KARLA ZÁRATE

EL PADRINO DEL BLUES INGLÉS
ROGELIO GARZA

FLECHAS DEL TIEMPO
JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ

JOHN MAYALL
1933-2024

NÚM. 464 SÁBADO 17.08.24

El Cultural

[SUPLEMENTO DE LA RAZÓN • NUEVA ÉPOCA]

LA GENERACIÓN X TREINTA AÑOS DESPUÉS

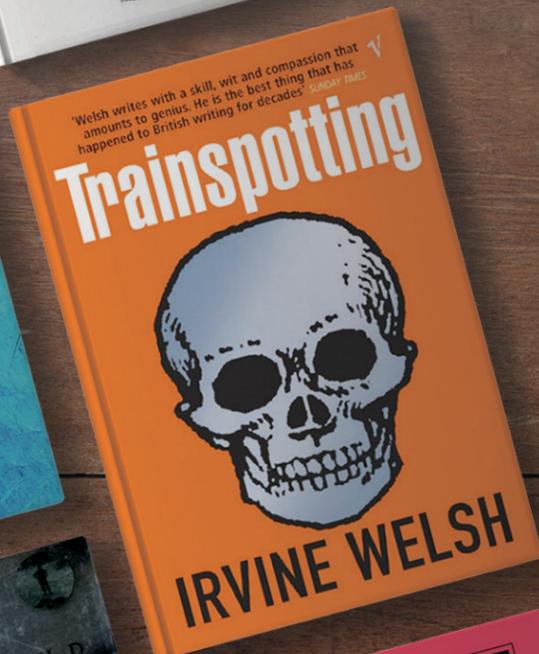
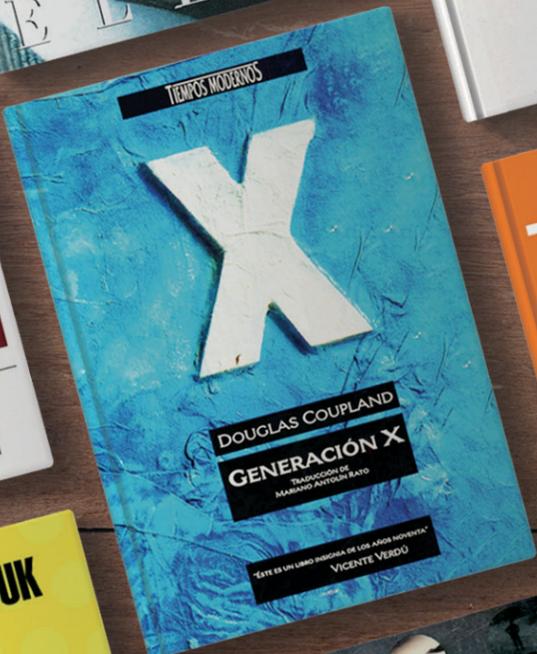
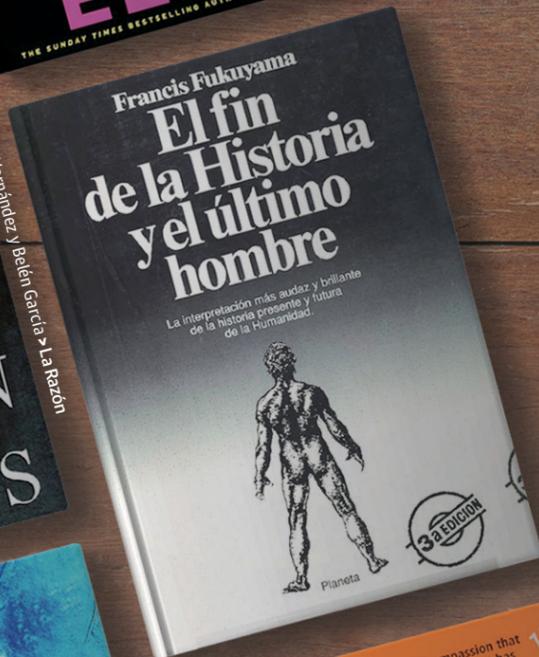
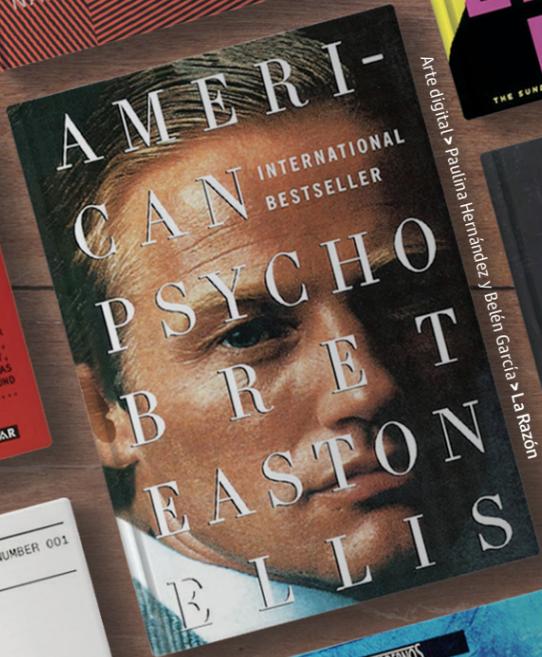
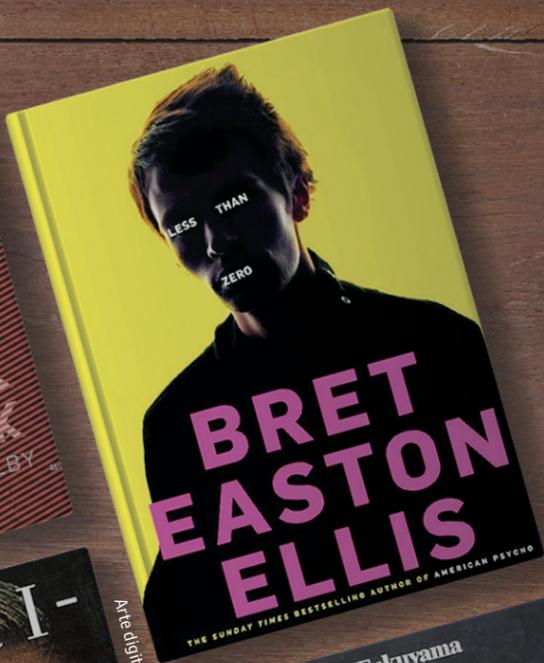
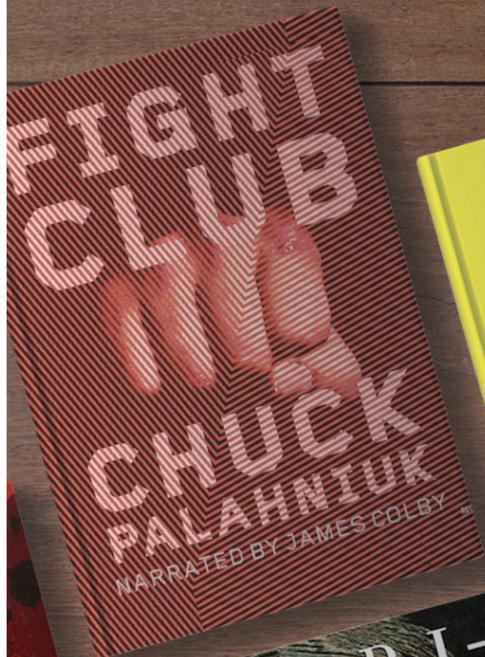
JOSÉ MARIANO LEYVA

ACAPULCO
ANTES DE OTIS

J. M. SERVÍN

PAÍS NATAL
CUATRO POEMAS

SAMIR DELGADO



El periodista chileno Antonio Díaz Oliva entrevistó en 2011 al escritor Douglas Coupland, a quien se debe el término "Generación X" por su novela del mismo nombre y a quien se le llamó "escritor generacional" o "posmoderno". Al preguntarle sobre esas expresiones, Coupland respondió: "Ya casi no he escuchado mucho esos términos. Creo que esas denominaciones murieron cerca del 2004. Y, de hecho, ahora que me lo preguntas, incluso me da una sensación de nostalgia". De eso trata este artículo de José Mariano Leyva.



LA GENERACIÓN X TREINTA AÑOS DESPUÉS

JOSÉ MARIANO LEYVA

@Jose_M_Leyva

BRET, CHUCK, DOUGLAS, IRVINE Y ALEX. UNA ÉPOCA MUY AGITADA

Trainspotting: heroinómanos que vivían al límite, siempre a punto de sobredosis. Algunos se engolosinaban hasta la muerte, otros cambiaban de sustancia y sobrevivían. Renton, Spud, Sick Boy, el violento Begbie que sólo consumía alcohol. La llegada del MDMA como curiosa salvación. *El club de la pelea*, el hartazgo de vivir conforme a normas que no hacían sentido. La anarquía revivida. Los golpes como terapia de choque. Tyler Durden. Época de pósters en los cuartos con declaraciones: "This is your life, and it's ending one minute at a time" para Durden. "Choose life. Choose a Job. Choose a Career. Choose a family. Choose a fucking big television" para Renton. Los mismos manifiestos con música electrónica detrás. *The Dust Brothers*, *Underworld*, *Faithless* volviéndose masivos por su participación sonora en las películas. *La playa*. La idea de escapar del mundo al paraíso virgen para nunca tener problemas, para no crecer ni ser el adulto que compra una *fucking big television*. El paraíso tailandés que se vuelve infierno cuando los narcos sacan a los turistas a punta de balazos. La versión filmica de un director que apenas iniciaba: Danny Boyle, que también dirigió *Trainspotting* y más tarde revivió el género de zombis con su película *28 días después* cuyo guion era de Alex Garland, el novelista de *La playa*.

Novelas salidas de la pluma de Irvine Welsh, Chuck Palahniuk, Alex Garland, Douglas Coupland y por encima de todos el precursor que influyó a todos: Bret Easton Ellis. Ellis y su *Psicópata americano*, su *Menos que cero*, sus *Reglas de la atracción*, su *Glamorama*. Ellis y las versiones filmicas que hicieron de sus obras, casi todas, fallidas.

Trainspotting llegó a salas en 1996. A muchos nos dio un mazazo sin concesiones. Desde hacía algún tiempo queríamos escribir literatura, pero a partir de ese momento quisimos escribir ese tipo de

historias. Los impulsos no eran originales: tenían mucho de colectivo. La literatura comenzaba a estar muy pendiente del cine. También de idealismos bizarros, odas a la violencia que renegaban de las doctrinas institucionalizadas, con una candidez que se creía única. Y flotaba en el ambiente un ansia de reconocimiento que, estábamos seguros, llegaría con la publicación de nuestra primera novela.

No 28 días después, sino 28 años después apareció la película *Men* (2022). En español creyeron necesario agregar el subtítulo: "terror en las sombras". Un relato incisivo que deja un terrible sabor de boca. Una mujer cuya pareja le hace un violento chantaje emocional para que no lo deje. Él la golpea, ella lo corre de su departamento, él se va para, a los minutos, saltar del balcón de otro departamento y morir ensartado en la reja que acota la banqueta. Meses después, la mujer decide hacer un viaje "de sanación" a un pueblo donde es víctima del acoso de los hombres con los que se va topando. El policía que la tiene que proteger la comienza a controlar, en un jardín un niño le hace un berrinche porque no quiere jugar, al cura de la iglesia le cuenta lo ocurrido con su novio en busca de consuelo. A cambio sólo recibe amonestaciones. Las miradas de los ebrios parroquianos del bar. Todos los personajes son interpretados —bajo hábiles maquillajes y caracterizaciones— por el mismo actor: Rory Kinnear. Las secuencias alternan una quieta belleza con situaciones de tensión propias del suspenso. La violencia escala, hasta que la película se convierte en una auténtica cinta *gore*. En el final, absolutamente gráfico, nos presenta a un hombre que nace y muere varias veces para hacer siempre lo mismo: acosar a la actriz (Jessie Buckley). El terror se vende como sobrenatural, pero tiene el sedimento de algo muy tangible. Una vez que termina la película, no nos despedimos de los monstruos ficticios que sólo habitan en ella.

Elegí la película casi al azar. Al revisar los créditos me di cuenta que el director y escritor era Alex Garland. El mismo escritor de *La Playa*, guionista de *28 días después*. Uno de mis ídolos de antaño

El Cultural
[SUPLEMENTO DE LA RAZÓN]

Roberto Diego Ortega †
Fundador

• Delia Juárez G.
Directora

• Mariana Ruiz Montell
Editora
@marianamontell

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial • Adrian Castillo
Coordinador de diseño • Carlos Mora
Diseño • Paulina Hernández

X: @ElCulturalRazon

Facebook: @ElCulturalLaRazon

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078.
Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868.
Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15



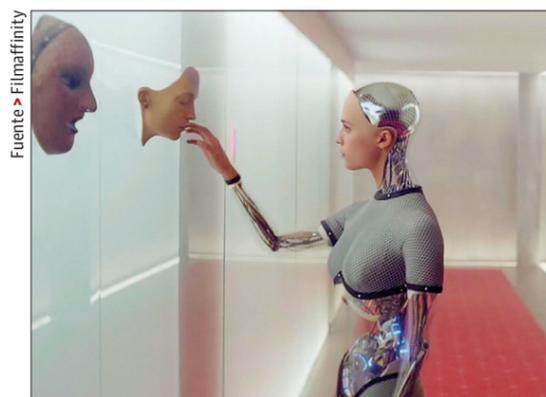
Fuente > Inkl

Trainspotting (1996).



Fuente > MUBI

Everything's Gone Green (2006).



Fuente > Filmaffinity

Ex-Machina (2014).

había hecho ese prodigio. Bizarro, sangriento y supurante, pero prodigio al fin y al cabo. Ahí estaba la misma crítica que no da cuartel. Garland tenía una película previa, también poco tersa: *Ex-Machina* (2014). Un robot femenino que se enamora de un periodista que tiene acceso al laboratorio del empresario y genio que la creó. Ambos hombres la ven como un ser atribulado y fijan posturas distintas para resolver la situación. Ninguno se da cuenta que la mujer robot está urdiendo un plan de escape. Un cuestionamiento del uso de la Inteligencia Artificial lo mismo que de las concepciones de género. El final también es sangriento y de una belleza apabullante.

Garland dejó la literatura. Eligió el camino del cine. No fue el único: Bret Easton Ellis intentó varias veces con el guionismo. No le fue bien. Douglas Coupland, por su lado, hizo el guion de dos películas, entre ellas *Everything's Gone Green* (2006) de Paul Fox, que recalca en los temas de la generación X. Lo que sorprende en el caso de Garland, es que ha actualizado sus temas. El urgente hastío que sentíamos en los noventa fue sustituido por el acuciante estado de la mujer, por ejemplo. Y no: no es formulismo mercadotécnico. La historia y las imágenes se ensamblan de manera cuidada, a veces perversamente provocadoras. Garland tenía 26 años cuando salió al mercado su primera novela. La temprana edad era casi un requisito para formar parte de aquel grupo: Bret Easton Ellis publicó *Menos que cero* a los 21, por ejemplo. Ese requisito, lo recuerdo bien, nos traía de cabeza, creaba amarguras de bar y ocasionaba tormentos nocturnos producidos directamente y sin escalas desde nuestro ego.

Garland hoy tiene 54 años. La madurez le ha llegado con al menos dos cambios: mudó de la literatura al cine, y el interés cultural por lo que lo rodea lo llevó a otras preocupaciones. No se estancó. La violencia, siguió siendo una constante desde 1996 a 2022.

LA GENERACIÓN X. LA RED X

Hace 33 años, en 1991, Douglas Coupland, autor canadiense, sacó su primera novela: *Generación X*. Ni él ni la editorial sabían lo que iba a ocasionar. El título se convirtió en un distintivo, en una marca. El libro da ciertas características de aquellos que habíamos nacido entre 1965 y 1980. En el momento que nos marcaron con una X teníamos entre 26 y 41 años. El rasgo fundamental: el vacío, el descreimiento. Otros rasgos tenían que ver justamente con la música electrónica de Underworld, los manifiestos de *Fight Club*, las películas hechas

“EN EL MOMENTO QUE NOS MARCARON CON UNA X TENÍAMOS ENTRE 26 Y 41 AÑOS. EL RASGO FUNDAMENTAL: EL VACÍO, EL DESCREIMIENTO.”

por directores que antes habían realizado videos musicales.

Estábamos instalados entre la negación de las grandes ideologías con las que no comulgábamos (el socialismo, el comunismo, el capitalismo, los nacionalismos) y las incipientes ideologías de género o de inclusión sexual. Nos regodeábamos en ese vacío. Nos hacía sentir únicos. Éramos campeones de la sátira. Ciertamente había algunos escapismos: el *new age* que tanto critica Garland en su novela, o un extraño regreso a instituciones que nuestros padres creían anquilosadas, como el matrimonio. Por otro lado, estaba ese eterno apetito por la autodestrucción de los excesos que no tenía nada de novedoso. Ahí estaban los modernistas y su ajeno, los *beatniks* y su heroína. Y la postura del vacío tenía su propia banda musical y *djs*. Un poco como entendiendo que la literatura había dejado de ser el producto cultural predominante.

Parte de la academia se sintonizó con las emociones X. Hablábamos de *La era del vacío* (1983) y *El imperio de lo efímero* (1987) del sociólogo francés Gilles Lipovetsky. También estaba *El fin de la Historia* y *el último hombre* (1992) de Francis Fukuyama. Pocos libros tan provocadores y desacertados como el de Fukuyama que declaró el fin de la historia quince minutos antes de que internet apareciera. Los libros —y las películas y los discos— duraban más tiempo en los anaqueles —y en las carteleras y en las tiendas. Se publicaba menos, se hacían menos películas, no se intentaba estar a la par de la vorágine en las redes.

Hoy nos sorprende ese retorno a las ideologías de una izquierda que se institucionalizó, se criticó —desde la propia izquierda—, de la que se conocieron sus atrocidades y que hoy se imaginan como ideas que jamás hubieran vivido su aplicación práctica. También nos asombran los discursos de liderazgo empresarial que hablan de proactividad para lograr situaciones ganar-ganar, porque en los ochenta vivimos una versión similar pero sin corrección política. Salva-je. Ahí está indeleble en nuestro hipocampo Patrick Bateman, el *Psicópata americano* de Bret Easton Ellis. Nos alarma la corrección política que increpa sin cuartel a la expresión libre y que insiste en negar toda per-

versión. En 2015 Chuck Palahniuk, creador de *El club de la pelea*, publicó *Invéntate algo. Relatos que no te podrás sacar de la cabeza*. Por fortuna pasó desapercibido para los guardianes de la corrección política. Los cuentos son una bravata contra esa urbanidad: un mundo en donde los ciudadanos intentan a toda costa provocarse un retraso mental para vivir los privilegios que eso conlleva. El video de un individuo que es violado por un caballo y que se vuelve alegre *trending topic* porque la víctima es un hombre adulto y blanco, y no una mujer, o un hombre de un grupo étnico “minoritario”. En su madurez, Chuck Palahniuk sigue retratando las contradicciones sistémicas que nos acechan en las esquinas.

Después de publicar *Generación X*, Coupland grabó unas cápsulas en MTV leyendo fragmentos de la obra. La mercadotecnia hizo lo suyo, y fue cuando se filtró la denominación del orbe literario al extenso público. En esa época las cámaras de los celulares no eran potentes. Para bajar una foto de internet te tardabas varios minutos. El *streaming* era ciencia ficción. ¿Alguien se acuerda de la soberanía de MTV? Hoy los canales están desprovistos del poder de antaño. Han sido superados por las redes. No hay necesidad de pasar por con un consejo editorial para emitir una opinión: basta una cámara de celular y buena iluminación. El poder de Hollywood también ha desaparecido con su glamur y sus excesos bien retratados en *Glamorama* (1998) de Easton Ellis. Damien Chazelle, hizo un homenaje al epicentro del cine en *Babylon* (2022). Los homenajes se hacen cuando el festejado está en algo parecido a su ocaso. Un Hollywood superado por el *streaming*. Por la ingente cantidad de películas y series que aparecen cada día. Pero la película tiene guiños de otros crepúsculos. En 1926, el nacimiento de Hollywood no tenía nada de glamur: los estudios eran parapetos de madera con una escenografía mínima en medio del polvo de una llanura. Las batallas campales las perpetraban indigentes que realmente terminaban heridos. Y arriba, en una colina, una escritora dictaba a su asistente que tecleaba en una Remington a toda velocidad lo que está viendo a la lejanía con unos binoculares. En un momento se detiene y expresa lo que realmente piensa:

—Todo esto del cine no es más que una mamarrachada.

Suspira hastiada y luego le dice a su asistente:

—Yo conocí a Proust, ¿sabías?

El siglo XX puede leerse como un proceso de ocasos. El periodista Christopher Silvester lo plasma en su compilación *Las grandes entrevistas de la historia* (1993). La primera entrevista en forma fue hecha al

líder mormón Brigham Young en 1859, quien se rebeló en Estados Unidos ante la federación y creó Salt Lake City. Días después, el gobierno crearía el estado de Utah alrededor para lograr algún control. Los religiosos llevaban la batuta del liderazgo. Más tarde los principales entrevistados eran pensadores, científicos y escritores. Karl Marx en 1871, Robert Louis Stevenson en 1887, Mark Twain en 1889. Muchos escritores deploraban las entrevistas. Consideraban al género como una bajeza estética, pero sobre todo sentían que los estaban esquilmando: en vez de pagarles por un artículo, mandaban a un periodista para exprimir sus ideas gratis. Los políticos comienzan a aparecer más tarde, el príncipe Bismarck en 1890, por ejemplo. Los dramaturgos florecen con el cambio de siglo y siempre les preguntan si el teatro desaparecerá frente al cine: Ibsen en 1897 o Bernard Shaw en 1931. Vienen después los directores como Hitchcock en 1957, los actores como Marilyn Monroe en 1960. Hacia 1975 aparecen figuras como Jimmy Hoffa. Ya no es necesario estar cerca de la creación, de la investigación o de cierto talento para ser entrevistado. Los famosos lo mismo pueden actuar que cantar. Luego ni siquiera eso es requisito. Hace sólo falta un poco de arrojo y buena suerte para hacer un *podcast*. La polémica sustituye a la creación.

Pero es un reconocimiento que no dura mucho. Un *influencer* sucede a otro en cuestión de semanas. Y frente a ese aluvión desconcertante, aquella idea de lograr notoriedad con la primera novela es un coctel de sueño arcaico con aceituna de piedra. Seamos honestos: la generación X deseaba algo parecido a esa fama. Bret Easton Ellis o Irvine Welsh se portaban como *rockstars*. Hollywood era buen amigo para uno, la escena de la música electrónica para el otro. Escritores que mantenían un pie del lado de la creación literaria y el otro en esa fama que después se decantó por Facebook o Instagram. Después llegaron los años.

Los últimos libros de Ellis son un pastiche que se aferra a los temas del pasado. No es el único. *Suites imperiales* (2010) se parece a *Porno* (2002) de Welsh: regresar a los protagonistas que les dieron éxito un par de décadas antes. El resultado no es muy brillante. En su mayoría se sostiene sólo de la nostalgia. En 2020, Ellis saca *Blanco*. Una obra que intenta desentrañar a la corrección política y al conservadurismo estadounidense. Tampoco es muy afortunada: se centra demasiado en él mismo. Así nos enteramos que la relación entre Ellis y Twitter (hoy X) ha sido errática. A veces ha creado polémicas por escribir desde el estómago y con la cabeza llena de sustancias. Luego se arrepiente. Abre y cierra su cuenta una y otra vez. No se decide entre seguir siendo escritor o convertirse en personalidad mediática de las redes.

No es el único. Las redes se vuelven terreno pantanoso para los escritores. Es necesario tener cuentas, es necesario estar presente en ese universo para que los libros se vendan un poco más. Pero ese universo se alimenta de polémicas, de bailes con poca ropa, de pegarse fuerte en la cabeza.

En México hoy también tiene que ver con atacar virulentamente o alabar hasta la náusea a personajes e ideas políticas. No tienen que ver con la creación literaria. Otros escritores optan por cerrar sus

“LA GENERACIÓN X SE DIO UN FRENTAZO. NOS TOCÓ ESA FRONTERA EN LA QUE LO LITERARIO PERDIÓ FUERZA. QUISIMOS CONTAGIARNOS DEL CINE, INCLUSO DE LAS REDES, PERO DEJAMOS DE SER YA PERSONAJES PÚBLICOS TAN PÚBLICOS COMO, POR EJEMPLO, UN YOUTUBER.”

cuentas y hacer declaraciones de monasterio: “jamás volveré a las redes”. Un par de meses después, sus cuentas están de nuevo activas. No pasa nada: las redes tienen demasiada información y muy poca memoria.

Salman Rushdie nos cuenta que después de su intento de asesinato (2022), regresó a X para “echar una mano en el lanzamiento” de su nuevo libro. “Pero Twitter es un pozo envenenado, y si metes un cubo ahí dentro es seguro que saldrá bastante lleno de inmundicia.” Las respuestas a las entradas sobre su libro no tenían nada que ver con su libro: le aseguraban que él se había buscado el atentado, que lo habían puesto en el lugar que merecía. La duda aparece: ¿hacerse de seguidores en las redes realmente significa que la gente leerá el libro que escribiste? Parecen dos orbes no sólo diferentes, sino opuestos. Uno privilegia la opinión rápida. El otro necesita más circunspección y soledad.

Líneas antes, el autor nacido en Bombay confiesa sentirse contento porque el libro estaba “en un lugar destacado de librerías”. ¡Salman Rushdie! Quién hace dos décadas vivía en las mesas principales junto a Paul Auster o Martin Amis. Hoy, en casi cualquier librería, hay que preguntar si tienen algún libro de estos autores porque esas mismas mesas están repletas de obras que, justamente, copian las polémicas de X o cuyos autores provienen de la vida pública *per se*.

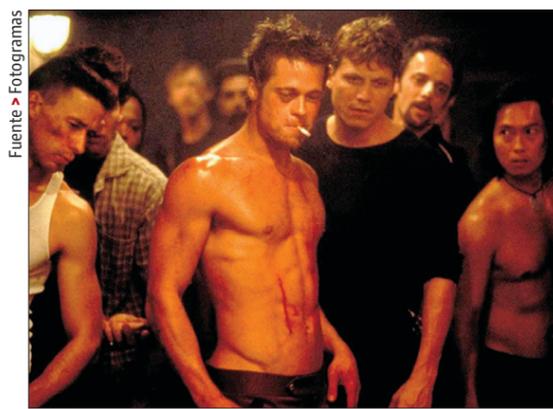
El año pasado Bret Easton Ellis publicó *Los destrozados*. No pude con la novela.

Conforme avancé, el mal humor me asaltó. Anoté en las páginas finales una declaración que bien pasaría como comentario de X: “Ya estamos frente a un B.E.E. reiterativo hasta la náusea. Los mismos temas y obsesiones de los 17 años, 42 años después, sin saber aprovechar un juicio maduro o la perspectiva que da el tiempo”. Las 700 páginas de estatismo me enervaron. Un asesino que tarda tanto en manifestarse que al final ya no importa qué suceda. Los diálogos truncos e ideas incompletas que en *Menos que cero* —de 182 páginas— me maravillaron por hacer énfasis en el vacío de una generación, aquí sólo me causaron fastidio. Curiosamente, muchos amigos lectores que nunca antes habían leído a Ellis, dijeron que el libro les encantó. La lentitud para ellos era elegancia. En mi caso, fue el primer libro de este autor que no pude terminar. Me gusta el contrapunto: significa que una obra aún tiene el poder de provocar reacciones adversas. Tal vez por ello siga siendo una obra de arte.

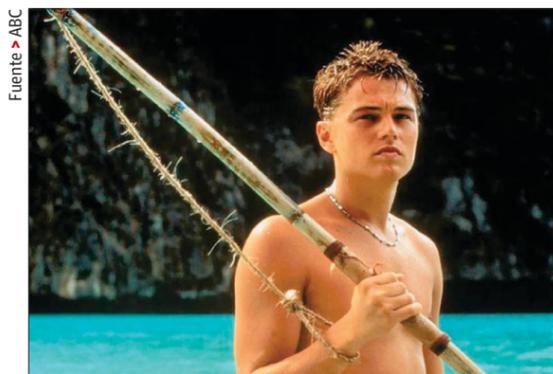
Y hoy muy pocos quieren hacer una obra de arte. La idea suena pomposa y produce rechazo. Un libro que se venda es ahora la meta más socorrida. No sé si alguien haya visto una obra de arte en los videos de Instagram. Videos con muchas reacciones pero que son sustituidos por otros videos también con muchas reacciones. Las obras de arte suelen perdurar. Instagram, por cierto, ha sido la aplicación más eliminada de los dispositivos el año pasado.

Todo esto tiene qué ver con la escritura y con el ego. Y en un escritor solía haber mucha escritura y mucho ego. Por ello, la Generación X se dio un frentazo. Nos tocó esa frontera en la que lo literario perdió fuerza. Quisimos contagiarnos del cine, incluso de las redes, pero dejamos de ser ya personajes públicos tan públicos como, por ejemplo, un *youtuber*. Aun así, hay algo insustituible. Cuando una idea crece para convertirse en una historia. Las imágenes en la cabeza agolpadas mientras los dedos se desgastan por la velocidad. Luego detenerse, reflexionar. Imaginar una escena mejor. Ahorrar palabras para ser más filoso. Terminar el proyecto. Regresar a él. Corregirlo. Buscar dónde publicarlo. Escuchar las sugerencias del editor. Pensar por enésima vez en esa historia que se va haciendo colectiva. Tener en la mano el primer ejemplar. Abrirlo a la mitad. Oler la tinta que destilan las páginas.

La generación X ha envejecido. Ya no hay tanta energía para buscar un amplio reconocimiento. Y si tuvimos suerte, seguimos leyendo, seguimos escribiendo. Tal vez ahora con mayor libertad. Sin pensar cómo se acomodará nuestra obra en un mercado que apenas nos contempla. Regresamos entonces al principio. Leemos por placer. Poco a poco dejamos de ser una generación para fundirnos en una generalidad más universal más añeja y más amable. **■**



Brad Pitt en *El Club de la pelea*.



Leonardo DiCaprio en *La Playa*.

Samir Delgado (Islas Canarias, 1978) es poeta y crítico de arte, autor de Galaxia Westerdahl, Pintura número 100, La carta de Cambridge (Premio Internacional de Literatura Antonio Machado 2020) y Turisferia. Es miembro fundador de la Revista Trasdemar de Literaturas Insulares y actualmente reside en Durango. Los poemas que ofrecemos al lector forman parte de País Natal, "un poemario inspirado en las playas mexicanas de la costa del Pacífico", recién publicado por la editorial española El Sastre de Apollinaire.

PAÍS NATAL

LIBRO DEL PACÍFICO

SAMIR DELGADO

NOCTURLABIO

Hay osamentas de madera a lo largo de la playa –estacas arbóreas del naufragio de luz– a su sombra el día esconde las lunas encintas del arenal.

Los canadienses observan con prismáticos el mar amarillo de Gilberto Owen, su vaivén de oleaje indescifrable, las horas magnánimas del altosal –soberano omnipotente.

Los troncos abatidos del palmeral prendieron las hogueras secretas. A campo abierto, signos de interrogación. La madera implanta su querella al astro mayor –es la combustión del sigilo y la floresta. Como la espuma del sol se extingue al tocar las orillas, así también cada huella, cada aliento, cada cifra. La cercanía plural del agua hace el ensueño a los ojos.

Mares de Acapulco, cellisca boreal que adoctrina y embiste.

CLOCHARD

El jardín con gatos de la casa de la playa. Fortín diurno, jardincito crucial para soles momentáneos, la sombra mece las hojas del platanal y la buganvilla. Sobre la mesa la grisalla del cuaderno cotidiano. La armazón de papel contrae todos los pífanos untados de luz y los ecos de Zicatela y Zipolite, Lanikai y Kailua, Montelimar, Tortuga Bay.

Afuera el espolón salino, la lengua voraz de arenales pacíficos, el caletón de lluvias nuevas. Has cruzado temprano el puente del sueño semejante al clochard recién llegado a los guijarros y el zacate, la bruma matinal toca de una vez al corazón y vuelven las huellas hacia el agua –ascuas de luz en la estación de todos los cerúleos de Malinche. Este planeta se hace más visible a partir de la soledad náufraga. Sentirse del lugar gracias a los revoltijos de arena vieja en la esterilla de mimbre. Es la hora de las campanas interiores, rozar con los dedos el mástil del atardecer y los líquenes enjuagados del tamarindo.

Todas las hogueras desprenden una memoria de ti.

ULTRAVIOLETA

Mirar de frente al mar cotidiano que se desparrama en la quietud fugitiva de una aleta de delfín. A varias leguas de casa, el cuerpo celeste huye de la cimbra y el arpón de la mañana desconocida.

El sol llamea nativo y rebosa el cocotal con treinta segundos de clarividencia, volver así del sueño a una realidad nueva, y serás tú quien da la bienvenida a los azules que allanan la morada del dios del lugar.

Sabedor de una pronta deserción, cierras los ojos para que otro día

comience en la isla –Malinche despierta– y las olas llegarán a ser una sola vez para este sol que endora la piel como si fuera un descubrimiento cada milímetro de los cuerpos.

Te desnudas al calor increíble del atardecer invernal, cada gota de agua estalla a la clemencia de la soledad del mundo.

CANOTIER

Pielago, mar, cántaro planetario. Tiras de nuevo del azul, nudo de ballestrinque. Con un rictus de bendición llegas a la orilla que chapotean las hojas de palma. Tomas las olas con los brazos abiertos. Suena a lo lejos la tambora de las tres de la tarde, sol mayúsculo invernal, con brochazos de azul cielo y cadmios postreros, la ventolera salina se adentra en cada pulmón, respirar íntimo de luces explayadas y unánimes. Hay restos de hogueras silentes, montículos de ceniza, bejucos y algas que fueron candela de la medianoche. Se dice que la marea alcanzó el zócalo de casa y subió logrando el escalón, la vecina de Ontario cruza de puntillas el barandal, sorbe la incandescencia matriz, asume para sí la mareta y el meridión, la mudez peregrina del corcel que come de su mano en el extralímite del manglar. Ver así el Pacífico en su regreso a la plenitud, como el gran acordeón de las músicas futuras. ■

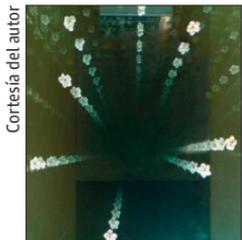


OJOS DE PERRA AZUL

POR **KARLA ZÁRATE**

@espia_rusa

ESPEJISMOS



Cortesía del autor

EN LA CASA DE MI INFANCIA había un espejo de cuerpo entero, tridimensional, enmarcado en madera oscura. La primera vez que me vi ahí, me di cuenta de que esa masa con pies, manos, orejas y nariz era la imagen de mí misma. Al reconocermme, me

hice consciente de que era doble o múltiple, simultánea. Contemplé mis extremidades, las moví para que la de enfrente me copiara, di un brinco, ella hizo lo mismo, me acerqué y puse atención en los detalles, me alejé para obtener distintas perspectivas de la experiencia de ser más de una, yo y las otras, cada una en su dimensión. Me podía ver invertida, al revés, la cabeza sobre el suelo y las piernas en el aire, quizás suspendida como un fantasma o bien enraizada como un árbol en la tierra. Ese raro efecto angular deformaba cada parte y exageraba las facciones, era una versión asimétrica y ominosa de mí Yo. Le tomé gusto a examinarme en los reflejos, a desdoblarme, a verme como igual, pero desconocida.

La que aparece en los vidrios se enoja fácilmente, frunce el ceño y dice groserías a quien pase cerca de ella. La del agua de los lagos o albercas habla sin parar en un idioma extraño que no logro entender. En los pisos limpios percibo a las personas que caminan, mi cara en los platos de metal hace muecas a los comensales, parpadea más de lo normal. Frente al mármol bien pulido ensayo discursos metafísicos, y en los aparadores de las tiendas me la paso cantando mis canciones favoritas. Ya no me extrañan esas otras que soy fuera de mí.

POR ESO AHORA QUE ESTAMOS EN LA CAMA, observo que me observo desde el espejo en el techo de esta habitación. Desde arriba, atisbamos a esos dos que están abajo, nuestros idénticos, recostados entre los pliegues de las sábanas, hundida la conciencia en las almohadas, en la humedad del sueño más real, sostenidos por los hilos del deseo que nos atraviesa, atrapados los cuatro en el tiempo que pausamos. En el reflejo, los miramos mirarnos el uno al otro, los ojos se entrecruzan, multiplicados. Admiramos los cuerpos desnudos, tan iguales y tan diferentes de los nuestros, anatomía imperfecta.

Ella toca el sexo de él, mientras que el suyo se dispone a recibirlo. Él se trepa a su cuerpo con ardor y fuerza, los brazos de ella lo abrazan con pasión. Un mismo ritmo, murmullos, las bocas y las lenguas se entrelazan, las pieles exhalan sudor, se anuda el apetito de posesión insaciable, un último estertor nos sacude y un chispazo de luz nos ilumina. En la imagen que ahora somos en lo alto, sentimos fluir el desenfreno del acto compartido. Para ellos brusco y finito, efímero, mientras nosotros perpetuamos la imagen para siempre duradera.

Abajo ellos se descubren pasajeros y mortales, envidian lo que proyectan por encima suyo, tú y yo, los del espejo, sin memoria y sin pasado, repetibles, posibles, sin desgaste ni cansancio. La realidad es más frágil que el cristal donde se mira, se rompe a pedazos si nos alejamos, dejando astillas del momento, enterradas en la espalda y el recuerdo. Sólo quedará el reflejo en el techo donde fuimos y seremos.

*Soy rebelde sin pausa. ☑

DEUDAS

MI PADRE TENÍA deudas fenomenales. Pedía dinero prestado cada vez que podía y pagaba sus deudas sólo cuando era estrictamente necesario. Para él no significaba nada gastarse la renta del mes una noche antes de que se venciera el plazo. Yo vivía lleno de miedo hacia nuestros caseros, en tanto que él, aparentemente, nunca se preocupaba. Nos encontrábamos después del trabajo y él sugería que cenáramos en un restaurante francés, y yo me resistía sabiendo que planeaba gastarse el dinero de la renta. Describía los platillos y los vinos que podríamos comer con una minuciosidad tentadora, mientras yo seguía recordándole lo de la renta. Con lentitud, casi con esfuerzo, me explicaba, como si yo fuera un débil mental, que uno nunca debe preocuparse por el futuro. Nunca volveremos a ser tan jóvenes como somos esta noche, decía. Si somos listos —y lo somos— mañana idearé cómo pagar la renta. Al final, quien podía negarse. Yo nunca pude. ☑

Charles Simic, *El flautista en el pozo. Ensayos escogidos 1972-2003*, selección, traducción y prólogo de Rafael Vargas, Ediciones Cal y arena, 2011.



Fuente: Slowking / Non commercial

CULTO JAPONÉS

[...] SE DICE A MENUDO que el sintoísmo tiene millones de dioses (*kami*), que se manifiestan en árboles, montañas, ríos, animales o humanos. La palabra también puede traducirse como “espíritu”. El culto de espíritus de la naturaleza y de los antepasados ha desempeñado un papel principal en el sintoísmo desde los tiempos en que Japón era una sociedad agrícola [...]. Según la mitología japonesa, en tiempos primitivos estaba la pareja divina Izanagi (él) e Izanami (ella), que bajó del cielo y parió primero las islas japonesas y luego el resto

del mundo y todo lo que hay en él, y por fin una serie de *kamis*. La más importante era la diosa del sol, Amaterasu. Los demás *kami* se establecieron en la tierra y fueron padres de los primeros seres humanos. Pero la sociedad de los humanos necesitaba orden y dirección, y por esa razón el nieto de Amaterasu fue enviado a la Tierra. Uno de sus descendientes se convirtió en el primer emperador de Japón. De modo que todos los japoneses son de origen divino, y ante todo el emperador, que desciende directamente de la diosa del sol. ☑

Jostein Gaarder, Victor Helle y Henry Notaker, *El libro de las religiones*, Siruela, 2009.



Fuente: Invest in History Co

EL OCASO

[...] TODO LO QUE HE BUSCADO en la vida, yo mismo dejé de buscarlo. Soy como alguien que busca distraídamente lo que, en el sueño en medio de su búsqueda, olvidó qué era lo que buscaba. Se vuelve más real que la cosa buscada ausente el gesto real de las manos visibles que buscan, revolviendo, descolocando, ordenando, y existen blancas y alargadas, con cinco dedos cada una, exactamente.

Todo lo que he sido es como este cielo alto y diversamente igual, jirones de nada tocados por una luz distante, fragmentos de falsa vida que la muerte dora desde lejos, con su sonrisa triste de verdad absoluta. Todo lo que he sido, sí, ha sido el no haber sabido buscar, señor feudal de pantanos al atardecer, príncipe desierto de una ciudad de tumbas vacías.

Todo lo que soy, o lo que fui, o lo que pienso que soy o que fui, todo eso se pierde de repente —en estos pensamientos míos y en la pérdida súbita de luz de nube alta—, el secreto, la verdad, la ventura tal vez que pudiera haber en no sé qué que tiene por debajo la vida. Todo eso, como un sol que nos falta, es cuanto me queda, y sobre los altos tejados, de diversas maneras, la luz

deja caer sus manos resbalando, y queda a la vista, en la unidad de los tejados, la sombra íntima de todo.

Vaga gota trémula, clarea diminuta a lo lejos la primera estrella. ■

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, trad. Perfecto E. Cuadrado, Acantilado, 2013.



Fuente: H Daneel Olivaw / Wikimedia Commons

FLORES VOLANTES

PARA EL EXTRAÑO VISIONARIO Rudolf Steiner, las mariposas son flores volantes. Una especie de último estadio de la flor que se aligera y emprende el vuelo.

¿La humanidad oruga va a convertirse en mariposa? ¿Emprenderá algún día, también ella, el vuelo?

—Sí —responde este autor.

La humanidad se aligerará. La antigua maldición de la gravedad cesará y la tierra, la materia, se convertirá en “éter”. El ser humano tendrá unas alas multicolores y nos convertiremos también en “flores volantes”. ■

Érik Sablé, *La sabiduría de los pájaros*, trad. Manuel Serrat Crespo, El Barquero, José J. de Olañeta, Editor, 2002.

DOS ENORMES EGOS

TRUMAN CAPOTE se unió a la gira [de *Exile on Main Street*] en Kansas City y no podía resultar más apropiado, porque *A sangre fría*, su obra maestra sobre el absurdo asesinato de la familia de un rancho, estaba ambientada en Kansas. Capote se hacía compañía de una de sus amigas de la sociedad neoyorquina, la princesa Lee Radziwill, diseñadora de interiores y hermana pequeña de Jacqueline Onassis. Era la fan más distinguida que había pisado el camerino de los Stones, aunque Keith incurrió en un delito de lesa majestad al dirigirse a ella llamándola “princesa Raddish”.

Capote recibió un tratamiento VIP que le diferenció de los demás reporteros: viajó en el avión privado de la banda, subió a las limosinas, contempló los conciertos desde un lugar de privilegio en los hombros del escenario. Pero su relación con Mick no mejoraba. No contribuyó a ello que muchas veces el gran autor llamara “Beatles” a los Stones y que no ocultara que su líder le parecía “un niño asustado, muy lejos de casa”. “Me parece que Truman nunca se tomó el reportaje demasiado en serio”, recuerda Chris O’Dell [la ayudante personal de Mick]. “Era muy burlón con todo el mundo.” Finalmente, Keith respondió con una de esas bromas pesadas que solían ocurrírsele en las juergas que seguían a los conciertos: parodiando la matanza de la Familia Clutter en *A sangre fría* embadurnó de ketchup la puerta de la habitación del hotel de Capote.

El escritor no llegó a entregar su artículo a *Rolling Stone*. La gira, protestó, no había sido tan interesante como esperaba (a cambio Andy Warhol le entrevistó, y le preguntó por qué no había “excitado su imaginación”). Posteriormente, los comentarios de Capote sobre Mick en las tertulias televisivas fueron mordaces, pero no del todo inexactos: “[No se puede establecer] un paralelismo de ningún tipo entre Jagger y Sinatra [...] Mick no tiene más talento que una especie de insólito asombro [...] Eso de ser unisex es más bien ausencia de sexo. Créame, es más o menos tan sexy como un sapo meando [...] Supongo que sería un buen hombre de negocios. Tiene esa capacidad para concentrarse en los recibos de la luz en mitad de ‘Midnight Rambler’, mientras azota el escenario con el látigo”. ■

Philip Norman, *Mick Jagger*, trad. Amado Diéguez, Anagrama, 2014.



Fuente: Jack Mitchell

LA CANCIÓN #6

POR ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

EL PADRINO DEL BLUES INGLÉS



Fuente: Fb de John Mayall

MURIÓ JOHN MAYALL, el bluesman blanco más prolífico y longevo que pasó su vida preservando el blues desde la tradición hasta la fusión con otros ritmos. Sesenta de sus noventa años dedicados a tocar, grabar y girar por el mundo llevando un mensaje

de *cruda honestidad con la que se expresan nuestras experiencias de vida*. Abandonó este plano rodeado de dos ex esposas, seis hijos, siete nietos, cuatro bisnietos y una legión de seguidores arrojándolo en línea.

Era el hijo de un coleccionista de discos y guitarrista de bar de Manchester, donde creció entre el blues y el jazz. Eso definió su vocación y filosofía por la música del Diablo: regresó del servicio militar en Corea con su primera guitarra eléctrica y mientras estudiaba diseño en el Colegio de Arte de Manchester tocaba con su primer grupo de pop, The Powerhouse Four. Después trabajó en agencias de publicidad durante un par de años, dobleteando con el grupo, hasta que apareció el locutor y guitarrista Alexis Korner y lo jaló a Londres. Entre 1963 y 1969, Korner encabezó el *boom* del blues inglés con su grupo Blues Incorporated, por el que pasaron Charlie Watts, Jack Bruce, Brian Jones, Keith Richards y Eric Burdon, entre otros. Mayall dejó las agencias y el pop, tenía treinta años cuando se mudó a Londres para seguir el blues hasta el último día de su vida. Con aquella experiencia en arte, diseñó las portadas de sus discos con el grupo que hizo escuela: los Bluesbreakers.

COMPOSITOR, MÚSICO Y PRODUCTOR que tocaba la guitarra, el piano, la armónica y cantaba en los Bluesbreakers, el grupo se convirtió en una escuela de blues eléctrico de Chicago en la que fue tócher de Eric Clapton, Peter Green y Mick Taylor. Blancos que tocaban la música negra: Clapton aprendió lo que necesitaba y se fue a formar Cream, Peter Green formó al primer —y mejor— Fleetwood Mac, y Mick Taylor se fue con los Rolling Stones. Aunque en los ochenta regresó con Mayall para refundar los Bluesbreakers.

Eran la máxima referencia del ritmo y la negritud en Inglaterra, entonces Mayall se mudó a Estados Unidos porque el blues es gringo y él quería abreviar en el Mississippi Delta. En 1969 se estableció en California por el clima y la vibra contracultural, le sentó bien para la creatividad, empezó a combinar el jazz, el funk y el pop en sesiones de *jamming* como la de *Moving On*. Y en 1972 grabó el disco en vivo *Jazz Blues Fusion*, que algunos consideran un subgénero en sí. Pero en 1979 se incendió su casa con una invaluable colección de discos e instrumentos. Le pegó tanto que así tituló su autobiografía: *Blues from Laurel Canyon: My Life As A Bluesman*.

Un artista prolífico, su discografía abarca más de 160 discos de estudio, en vivo y recopilaciones. Para tener una idea de su brío, el estupendo *The Sun Is Shining Down* lo grabó a los 88 años. En México dio memorables conciertos en 1980 y en 1989, en el Toreo de Cuatro Caminos. Y en el Festival Internacional Blues & Grooves Guadalajara 2017, en Zapopan. *No creo que nadie sepa lo que es el blues. Simplemente no puedo dejar de tocarlo*. ■

Quedará en la memoria la época dorada de Acapulco, un destino emblemático, visitado por el jet set nacional e internacional, en donde varias generaciones fueron testigos de su encanto, las fiestas de lujo y sofisticación, los excesos, el refugio de Hollywood y de la élite global, convirtiéndolo en uno de los puertos más famosos del mundo. J. M. Servín, a partir de su propia experiencia, revive momentos inolvidables de lo que fue ese paraíso del Pacífico.

ACAPULCO ANTES DE OTIS

J. M. SERVÍN

El 17 de julio de 2023 celebré mi cumpleaños 60 en un café que reúne simpatizantes de la despenalización de las drogas, en particular, la mariguana. “La Juanita”, en la colonia Roma, me ofreció su espacio para el festejo. A veces Polo, el gerente, me invita un mezcal o una chela gratis. La verdad, a mí me vale madres la despenalización, en este país todo mundo se droga sin mayores problemas a no ser los que provoquen su propio consumo. La noche de la fiesta llegaron más de setenta personas. Amanecí ahí con las cortinas cerradas del negocio, rodeado de gente desconocida.

Diez días después, tres parejas de amigos nos lanzamos a seguir la celebración en Acapulco. Era una idea atrevida. Yo tenía por lo menos quince años de no vacacionar ahí. Más allá de precios accesibles en el hospedaje, poco nos ofrecía el antes majestuoso puerto turístico, hoy sometido por delincuencia de alto riesgo.

Nos movía una nostalgia popular de escenas familiares y la legendaria fama de Acapulco. Elegimos el hotel Flamingos como hospedaje para tres noches. Ahí vivió Johnny Weissmüller, el “Tarzán” cinematográfico más famoso y delirante del mundo. El actor murió ahí de un edema pulmonar en 1984 y sus restos están enterrados en el cementerio acapulqueño “Valle de la luz”.

Se dice que murió de demencia y que gritaba como Tarzán rondando el hotel y, sobre todo, la alberca. Un hotel de alcurnia con huéspedes legendarios. Weissmüller y algunos otros actores reventados como John Wayne y Errol Flynn, compraron el hotel allá por los años 40 del siglo XX y lo volvieron una guarida de bacanales de las luminarias hollywoodenses de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. Cocaína, heroína, orgías, champaña y “coco loco”, bebida con ron, ginebra y jarabe inventado por el administrador del hotel, según nos contó un mesero. Empeda durísimo.

Semanas después de planear el festejo, las tres parejas tomamos un avión que hizo menos tiempo de viaje que el

traslado en taxi desde mi domicilio al aeropuerto y la espera en la sala de la aerolínea atiborrada de pasajeros que parecían extraídos de “La risa en vacaciones”. Llevábamos entre el equipaje una cruda frecuente y todas las ganas de enfiestarnos. Montamos escenarios improbables: iremos al Baby O, y si nos dejan entrar nos amanecemos, comeremos langostinos al atardecer en Pie de la Cuesta, recorreremos todas las piqueras y tugurios del centro de Acapulco, salvaremos al burro de Caleta de las garras del alcohol (algo improbable porque lo necesitábamos más nosotros que el mentado burro). Nuestro presupuesto apenas daba para divertirnos en playas y fondas populacheras. Finalmente, para mí era un simulacro de luna de miel con Lucy, que desde que me conoció quedó por aceptar de pareja a un escritor que no sabe ganarse la vida como tantas personas del oficio que presumen una bonanza sospechosa en este país. Soy un prángana contra mi voluntad. Cuando conocí a Lucy reconoció que le gustaba la bebida, pero no se imaginaba a quién tenía a su lado besuqueándola con aliento de *gin tonic*.

Estas vacaciones en grupo prometían ser un *remake* en parejas de *Días sin huella*. Nos registramos en el Flamingos, incrustado en un hermoso risco desde donde se ve la bahía de Acapulco. En un enorme letrero al lado de la recepción se leía: “Bienvenidos al escondite de la pandilla de Hollywood. 1950-1984”. Me pareció cursi lo de “pandilla”, inocente, de *boy scouts* traviesos.

LOS ANFITRIONES ORIGINARIOS eran serios. Vivieron toda una época salvaje y libertina que remontaba al surgimiento de Acapulco como el puerto dorado del *jet set* internacional. Roberto Blanco Moheno, el furibundo y polémico periodista de derecha, publicó sus columnas durante dieciocho años a partir de 1940 en el semanario *Hoy*, recopiladas en el libro *México S. A.* Esto sentenció: “está destinado a aventureros internacionales y politiquillos traidores a su sangre mestiza, a Sodoma y Gomorra de la gente del cine”.

“ELEGIMOS EL HOTEL FLAMINGOS COMO HOSPEDAJE PARA TRES NOCHES. AHÍ VIVIÓ JOHNNY WEISSMÜLLER, EL ‘TARZÁN’ CINEMATográfico MÁS FAMOSO Y DELIRANTE DEL MUNDO.”

Miguel Alemán fue presidente de México de 1946 a 1952, y durante su sexenio abrió paso a una corrupción cosmopolita donde había amplia recepción para el narcotráfico internacional y el turismo para el lavado de dinero en la hotelería. Es creación suya el concepto de Acapulco como una Riviera a la francesa. Gracias a la impunidad que otorgó en complicidad con el gobierno estadounidense, pronto llegarían a Acapulco y a la capital del país el *jet set* internacional, las drogas duras, la prostitución de lujo. Espionaje, intriga de alto nivel. Farándula y política mexicanas y gringas apuntalan su complicidad con la mafia siciliana para tejer una red criminal internacional cuyas secuelas hasta hoy son redituables en millones de dólares. Miguel Alemán, Lucky Luciano, Meyer Lansky, Frank Costello, Virginia Hill “la reina de la mafia”, Orson Welles, Lana Turner, Rita Hayworth, Errol Flynn, Cantinflas, Johnny Weissmüller, Dolores del Río, María Félix. “Tintansoe Crusoe”. Johnny Stompanato, asesinado de una puñalada en 1958 en Los Ángeles por la hija de Lana Turner, Cheryl Crane —gángster de poca monta y guardaespaldas del mafioso Mickey Cohen, a quien James Ellroy usaría como personaje en relatos y novelas. En *La dama de Shangai* (1947) película icónica de Orson Welles, Acapulco todavía aparece como suelen ser algunos de los pueblitos costeros mexicanos para turistas extranjeros: puebluchos de chozas poblados por costeros ensimismados y serviciales. Acapulco es una creación del crimen organizado, así de simple.

Apenas se comenzaba a construir la gran avenida costera y uno que otro hotel de lujo. Dentro de muy poco, Miguel



Alemán, en contubernio, entre otros, con un notario de apellido Palazuelos (sí, pariente del conocido mirrey de los *reality* basura), regalaría terrenos ejidales que había despojado a campesinos, al petrolero Jean Paul Getty para que construyera el lujoso hotel Pierre Marqués en la playa Revolcadero. Actores como John Wayne, Johnny Weissmüller, Cary Grant y otros más se despacharon con la cuchara grande gracias a la corrupción gubernamental, para asociarse en la construcción de hoteles como el Flamingos. Era un plan a todo lujo para invadir Acapulco con casinos y hacer del puerto el Montecarlo tropical. Otro Cuba, pero regentado por el PRI. El cerebro de todo era Frank Costello, el máximo gángster de la Cosa Nostra en Estados Unidos, quien pasaría unas semanas en México como incógnito para supervisar los negocios en marcha.

YO QUERÍA PROBAR las sobras de lo que quedó de esa época mientras recreaba en mi imaginación parte del pasado de mis padres y su circunstancial relación con la presencia de la gran Virginia Hill, conocida como la Reina de la Mafia. Hill inyectó adrenalina y emociones en su papel de prostituta de lujo e intermediaria financiera entre los grandes capos sicilianos y gringos, y la oligarquía mexicana rodeada de artistas del cine, principalmente. Inteligente, hábil y encantadora hacía ver a Mata Hari como una principiante. Hill se daba sus "días sin huella" de alcohol y cocaína en Acapulco con Errol Flynn, otros artistas de Hollywood, y miembros del *jet set* mexicano en el yate Zaca, propiedad del actor, anclado frente a la isla La Roqueta.

Llegamos a eso de mediodía y nos recibió un hotel vetusto aún con mucha clase. Todo pintado de fucsia y blanco. Desde la entrada obligaba a los coches subir al risco forzando el motor. El Flamingos, con su arquitectura demodé, me recordaba a esas casas viejas que abundan aún en las colonias Narvarte, Clavería y Escandón.

Calor húmedo a unos 32 grados y árboles frondosos, brisa olorosa a mar y putrefacción. Tal y como recordaba el Acapulco de mi niñez cuando nos hospedábamos toda la familia en la Casa de Huéspedes Walton, abajo, muy cerca de playa Caleta. Precios a modo de clientes del Monte de Piedad. En Semana Santa nos dormían en camastros en el patio y volaban cucarachas

enormes de la cocina, día y noche nos embadurnaba del olor a pescado frito. A mi hermano Eduardo, menor que yo, y a mí nos entretenía cazar esas cucarachas y cortarles las alas. En la noche oíamos los ronquidos de todos los huéspedes en dormitorios repletos. Casi todo lo que comíamos eran tortas de atún, sardina, queso de puerco con aguacate, a veces mojarras fritas. A los niños nos daban refresco Lulú.

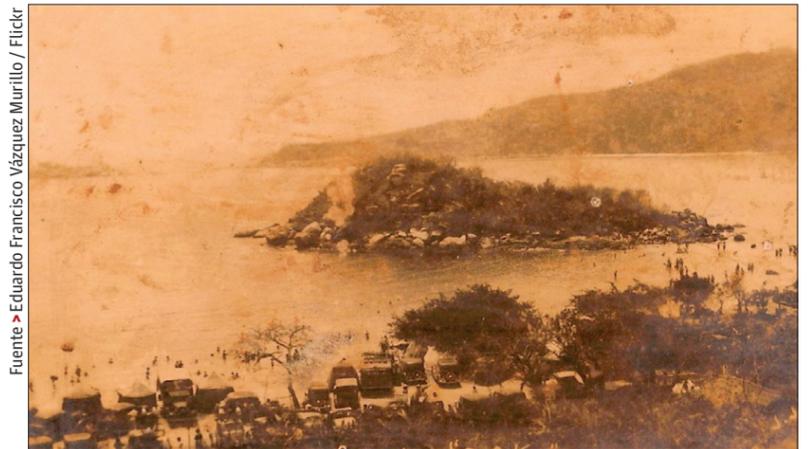
EN EL PASADO, A MI HERMANA Rosa María se le ocurrió llevarnos a Acapulco sólo a mí, Eduardo y Lucía, tres de los chicos de los diez hermanos. Era Semana Santa, el pretexto ideal para estrenar su Volkswagen gris salido de agencia mediante abonos.

Fue imposible conseguir hospedaje. Durante horas recorrimos la costera desde Caleta hasta Punta Diamante en busca de un lugar modesto. Nada. Regresamos en dirección a Pie de la Cuesta. En una de éstas, oyendo los desplantes de Rosa María, furibunda y vanidosa a más no poder, a la altura de un Sanborns en el centro de Acapulco se me ocurrió pensar en voz alta que no íbamos a conseguir nada. Sentí un fuerte manazo en la boca. Chamaco salado, majadero, negativo, dices puras pendejadas. Y yo, arrebujado en mi asiento trasero con el hocico ardiendo, soporté una fuerte lluvia de insultos y amenazas que incluía regresarme de inmediato a México en camión.

Minutos después casi chocamos en la costera. Rosa María hizo una maniobra para rebasar a otro vehículo y cruzó por una enorme mancha de aceite que hizo girar derrapando al flamante vocho. Quedó atravesado en la calle, frente a playa Hornos. El sustazo aplacó a la energúmena. Los cláxones y los gritos de los paseantes despabilaron a Rosa María. Sus tres hermanos teníamos pegadas las caras a las ventanas.

Muy despacio, el vocho retomó la marcha hacia Pie de la Cuesta. Encontramos los bungalos María Cristina, ubicados frente al mar. Incredulos y emocionados, a Rosa María le rentaron uno sin aire acondicionado a mitad de un corredor de arenilla y grava con seis bungalos en cada lado. Tenía un ventilador de aspas que zumbaba como si fuera a arrancar del suelo la habitación.

—Ésta ya anda de coqueta —Lucía se refería a su hermana, que ya platicaba con el administrador, muy pispireto al entregar las llaves a su huésped nalguna, cubriendo con mascada de seda su



Así lucían Caleta y Caletilla, en los años cincuenta. Al fondo La Roqueta.

abundante cabellera teñida de castaña, en bermudas de rayas de colores sobre el traje de baño, blusita amarilla con espalda descubierta y sandalias. A Eduardo y a mí nos presentó como a sus hijos. Yo tomé como pretexto el sopapo que aguanté para hacer la trompa como Chita, la chimpancé mascota de Tarzán. Rosa María se contoneaba como si fuera protagonista de alguna película de rocanrol mexicano. Se detuvo a mirar por fuera nuestro hospedaje con el piecito izquierdo pisando en puntas como si modelara. Traía las uñas pintadas de rojo.

—A ver, di algo —me retó Eduardo.

ERA UNA NIÑEZ DE VACACIONES esporádicas en las que viajaba la familia de doce integrantes repartida en dos coches, todos apretados, y los niños en las piernas de algún hermano mayor. Nos divertíamos en Caleta, aplaudíamos los clavados en la Quebrada, comíamos en fondas en el centro del puerto, garnachas y chupe en una mesilla en medio de muchas tumbonas alrededor de una sombrilla alquilada. Mi padre contaba una y otra vez su estancia con mi madre en Acapulco. Un anecdotario bañado de escasez y socarronería. Nos llevaba a mi madre y a los dos más pequeños a buscar a sus amigos en alguna fonda en el Centro de Acapulco. Eran unos timadores poco hábiles. Siempre estaban vendiendo alguna alhaja o chácharas y termilaban en líos. A mi padre le llevaban prendas para valuarlas. Decía que eran muy flojos y por eso no aprendían. La última vez que vimos al Volteado, uno de sus amigos, fue en Caleta. Lo apodaban así por cacarizo y tener la tez irritada. Ahí nos encontró y le contó a mi padre que debía dinero y lo estaban buscando para matarlo. Casi se acabó una caja de cervezas hasta que mi madre le dijo que pusiera dinero para comprar más. Sin disculparse se fue caminando sobre la playa con los zapatos de calle puestos. Aceite de coco como bronceador, ronchas por todo el

“MI PADRE CONTABA UNA Y OTRA VEZ SU ESTANCIA CON MI MADRE EN ACAPULCO. UN ANECDOTARIO BAÑADO DE ESCASEZ Y SOCARRONERÍA.”



Hotel Los Flamingos, amueblado en sus orígenes por un egresado de la Bauhaus.



La isla Roqueta, ahora área natural protegida.

cuerpo por los piquetes de moscos y pulgas, peleas a golpes y a gritos entre hombres y mujeres borrachos, vecinos de playa. Mi madre de pronto sacudía la arena a pataditas al aire con sus pies regordetes y callosos. Con unas cubitas adentro cantaba “Perfidia” y “Noche y día” con voz de Lupita Palomera. Por la noche caminábamos en fila por el malecón y sobre la costera. Mis padres recordaban cuando vivieron ahí en Acapulco en los años cincuenta. En aquellos años a mi padre lo apodaban *El Alacrán*. Vaya uno a saber por qué. A veces se nos reunía *El Palanco* y su familia. Era otro joyero de Guadalajara radicado en Acapulco y tenía un expendio de lotería. Otro borrachazo lleno de vida.

DURANTE UN REGRESO a Acapulco, meses después de la muerte de mi madre, mi padre se quedó sin dinero. Íbamos en dos coches repartidos los casi adolescentes Eduardo y yo con mi hermana Hilda en su Datsun y sus tres engendritos, dos niñas y un niño. Tamayo y su esposa Socorrito en su coche, consolando a mi padre desde un día anterior. Se había quedado sin un peso. Ya no podía darnos órdenes ni presumir su cartera a la hora de pagar. Se la vivía discutiendo con Hilda, furiosa y complaciente con sus neños luciferinos que querían comer todo el tiempo pizza. Mi padre prefería cambiar el hambre y su antojo por unas cubas heladas con vista al mar. Decidieron ignorarse y mi padre viajó en el Volkswagen traqueteado de su hijo Tamayo, mayor que yo siete años y de todas sus confianzas. Eduardo y yo aún no bebíamos. Ni siquiera Tamayo con su talento para embaucar a la gente había conseguido un poco de dinero para hacernos agradable ese tortuoso puente de 15 de septiembre. Se fue un rato al mercado a buscar sin éxito compradores para una pulsera obviamente “goleada”, es decir, muy corriente y con un baño de oro de bajo kilataje para dar la pinta de ser fina. Como en un conciliábulo afuera del coche de Tamayo, buscábamos opciones mientras mi padre intentaba recordar el teléfono de su viejo camarada de parrandas, *El Palanco*. Mi padre se resignó a que no quedaba de otra más

“AL CUARTO DÍA DE INCONTABLES DISCUSIONES, MI PADRE REVISÓ SUS BILLETES DE LOTERÍA FRENTE A UN QUIOSCO CERCANO A CALETA. RESULTÓ QUE TENÍA UN PREMIO.”

que esperar dos días el resultado de la lotería. Traía cinco cachitos. A lo mejor ésta es la buena, sentenció con un gesto de derrota apuntillado por la cruda.

A Eduardo y a mí nos condenaron de mandaderos de Hilda y sus escuincles en todas las playas y supermercados cercanos. Comíamos cualquier cosa dentro de los coches con las puertas abiertas estacionados sobre la costera. El rencor nos duró semanas. Mi padre se había cebado contra sus hijos menores y en las noches se la pasaba haciéndonos bromas pesadas para no dejarnos dormir. Nos echaba cubetazos de agua de hielo derretido para mantenernos a raya por cualquier pretexto, una madrugada me destapó en el oído una última lata de pepsicola helada que yo estaba guardando para tomármela al otro día. Adormilado, vi cómo se la tomaba a grandes tragos.

Nos había invitado Hilda, que había comprado un tiempo compartido, de los que en aquellos años, a inicios de los ochentas, estaban de novedad como símbolo de ascenso económico. Los vendían inmobiliarias asociadas al gobierno. Mi hermana trabajaba en Infonavit como auxiliar de oficina. Era por el rumbo de Punta Diamante y prometía comodidades. Alberca, aire acondicionado, vigilancia, en fin. Nos tardamos todo un día en encontrar, entre caminos de tierra que atravesaban terrenos abandonados con maleza quemada y ganado famélico, un predio de casitas a medio construir, sin tiendas ni mosquiteros, alejado de la autopista. Cinco días ahí como los personajes de *El salario del miedo*. Sin dinero y fraguando huir a la Ciudad de México con mi padre como tripulante y sin que mi hermana, la única de todos con dinero suficiente, lo tomara como una ofensa imperdonable.

—Nadie los había traído jamás a un lugar tan bonito y sin gentuza —recriminaba.

—Ni siquiera está cerca la playa y si dejo ir a mis muchachos, se me ahogan, es mar abierto, por eso no viene nadie. Prefiero Caleta. Hay de todo.

A mí no me gustaba meterme al mar, me daba miedo. Aun ahora. Me mojaba las piernas a la altura de los muslos y así estaba un rato, fingiendo que me divertía mientras no perdía de vista a los bañistas. Me daba pena no saber nadar. Ya no. Había muchas chicas guapas y no recuerdo que hubiera tanta gordura. Luego de un rato, me iba a recostar en las tumbonas y a esperar a que mi padre o Tamayo pidieran una botana para zampármela cuidándome de que me regañaran por glotón. Una orden tras otra de camarones y ostiones. Pero esta vez no había dinero y mi padre era demasiado orgulloso para pedirle un préstamo a Hilda. Una tacaña que quería ahorrar comprando todo en supermercados. Por fortuna, Tamayo ya nos había sustituido como mandadero para ir a las tiendas cercanas. Tardaba mucho en regresar, siempre con información confidencial para mi padre. Se clavaba los cambios y al poco rato ya le alcanzaba para un six de cervezas para él, Socorrito y mi padre. Eduardo y yo, a secas, aguantando sin repelar. En todo ese tiempo, Tamayo y su mujer se la pasaron fumando un cigarro tras otro y quién sabe qué intrigaban en voz baja.

Al cuarto día de incontables discusiones, mi padre revisó sus billetes de lotería frente a un quiosco cercano a Caleta. Resultó que tenía un premio en efectivo. El expendedor se puso más contento que nadie. Nos felicitó con esa alegría costeña, bullanguera. No sé cuánto dinero fue, pero mi padre se convirtió, los tres días restantes, en un Onassis de Caleta, Roqueta y Hornos. En Puerto Marqués rentamos una lancha con fondo de vidrio sólo para nosotros. Mi hermana decidió ir con sus hijos al balneario CiCi.

El viejo nos consintió como nunca antes. Pagaba la gasolina de los dos coches. Nos compró trajes de baño y sandalias y una hielera que llenamos de cervezas, refrescos y golosinas. Se puso unas papalinas a todo lo que daba su bolsillo de nuevo rico de caducidad inmediata con Tamayo y Socorrito. Nosotros ni protestamos durante las noches del calorón húmedo y los gritos de Hilda y su clan. Cuando regresamos a México mi padre no tenía un peso en la bolsa. Venía con sus lugartenientes Tamayo y Socorrito bien crudos, agradecidos todo el tiempo por ese golpe de suerte. Tardamos mil horas en llegar a la última caseta para entrar a la ciudad y ya para entonces apenas y juntamos el pago con morrala que había en el cenicero del coche. Hilda y sus hijos pararon a comer en Tres Marías.

—Es una méndiga —dijo mi padre, resentido porque no nos invitaron.

Requemados de la piel, llenos de ronchas de piquetes de insectos y agotados, volvimos a casa. Mi madre no fue siempre con nosotros a esos paseos acapulqueños. Nunca supe por qué pero no había mucho qué adivinar. ■

Fuente > Eduardo Francisco Vázquez Murillo / Flickr

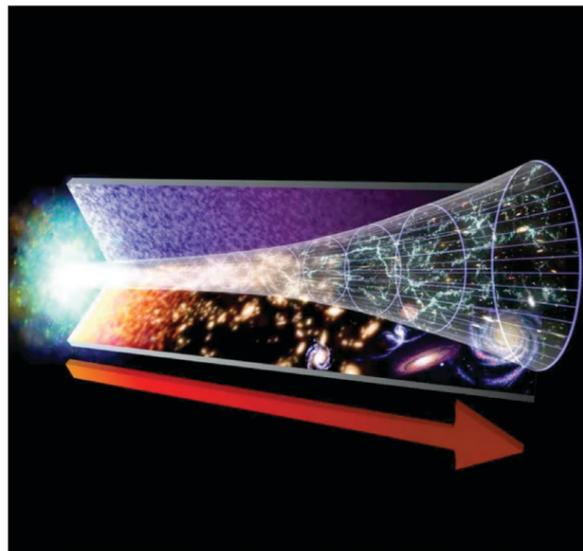
Hace muchos años encontré en la sala de mi casa un libro titulado *Historia del tiempo*, de Stephen Hawking. Durante la adolescencia, había fantaseado con la idea de convertirme en científico: un astrónomo, quizá. La figura del autor, confinado a una silla de ruedas como resultado de una enfermedad neurológica, pero capaz de usar la inteligencia para explorar los acertijos del cosmos, significaba un reto doble para mí. La curiosidad y un sentimiento estético inusual me llevaron a abrir el libro en una página que aborda, de una vez por todas, la pregunta por la naturaleza del tiempo. ¿Cómo podemos saber si el tiempo es tan solo una ilusión? ¿Cuáles son los criterios para establecer su realidad y sus relaciones con las leyes de la naturaleza? No recuerdo las palabras exactas del autor. Lo cito ahora mediante el recurso falible de la memoria.

PARA ENTENDER EL TIEMPO, dice Hawking, podemos usar la metáfora de una flecha. Los eventos del mundo real transcurren en un sentido: del pasado hacia el futuro, y nunca en la dirección contraria. Los eventos del pasado modifican el presente y el futuro, pero los eventos del futuro nunca modifican el pasado. En otras palabras, las causas de cualquier proceso siempre ocurren antes que los efectos. A veces las controversias históricas generan la ilusión de que el pasado ha cambiado, pero lo que cambia es nuestra reconstrucción conceptual del mismo. El ejemplo brusco que necesito proviene de la medicina: la muerte de nuestros seres queridos ocurre realmente, y su presencia no regresa, aunque transformemos nuestras ideas en torno a cuándo, dónde, cómo, y por qué sucedió el deceso. Desde luego, hay doctrinas espirituales que plantean las cosas de otra manera: se puede imaginar la eternidad o un tiempo circular en el cual la dirección del tiempo es relativa o ilusoria. Pero en los confines de nuestra vida, en el mundo real, ¿alguna vez regresan los muertos? Como decía el escritor checo Milan Kundera, la tristeza de estar vivos puede entenderse mediante una figura literaria: el tiempo se nos escurre entre los dedos de la mano.

¿De dónde proviene la diferencia entre el pasado y el futuro? Para plantear las cosas con más exactitud, Hawking elaboró tres metáforas. La primera se refiere a la dirección en la cual el universo está en expansión, pero no se contrae. Ésta es la flecha cosmológica del tiempo. En teoría, el universo se expande desde que aconteció el *Big Bang*, la gran explosión, pero nunca ha sucedido lo contrario. ¿Empezará a contraerse alguna vez, en un futuro remoto? Y ¿tendría esto alguna consecuencia para la vida humana? Es algo que no sabemos, y ni siquiera el gran físico fue capaz de resolverlo.

LA SEGUNDA FLECHA DEL TIEMPO tiene implicaciones más inmediatas para nuestra condición como seres vivos. La física contemporánea nos regala una imagen inquietante del mundo: somos prisioneros de la segunda ley de la termodinámica. Esta ley dice que en cualquier sistema físico el desorden —es decir, el caos, o la entropía— aumenta con el paso del tiempo. El aumento del desorden puede concebirse como una flecha: se trata de un cambio que distingue el pasado del futuro dando una direccionalidad al tiempo. Al final, el desorden aumenta en todo sistema físico: este principio se usa para explicar la muerte de las estrellas y de los organismos. La vida parece una excepción extraordinaria a esta ley, ya que los seres vivos hacemos lo posible para mantener la organización de nuestros cuerpos, y resistimos como podemos todo aquello que nos lleva a la desintegración. Por desgracia, la realidad de la muerte nos enseña que la segunda ley de la termodinámica siempre gana la última batalla.

HAWKING PLANTEA QUE LA TERCERA FLECHA del tiempo se puede caracterizar como una flecha psicológica. Esto se refiere a que nuestros recuerdos tienen una dirección



Flecha de la evolución cósmica.

perfectamente definida: recordamos el pasado, pero nunca el futuro. Esto lo sabe cualquiera, de manera tácita o explícita. Es uno de los supuestos centrales de nuestra conducta como seres conscientes, y de la organización social. La incertidumbre básica de nuestras vidas —en torno a asuntos tan cruciales como el momento y la manera de morir— contribuyó a la construcción de los grandes sistemas adivinatorios de la antigüedad: el *I Ching*, el Tarot, la astrología mediterránea, los oráculos de Dodona y Delfos. Ese mismo anhelo de predicciones confiables ha estimulado el desarrollo de la investigación científica. La autocorrección permanente del pensamiento científico rompe con la tentación del pensamiento dogmático tan común en los individuos y las sociedades.

En los textos mitológicos y religiosos de la antigüedad se habla sobre personas extraordinarias —profetas y videntes— capaces de ver el futuro como si ya hubiera sucedido. Y en las novelas de ciencia ficción esta posibilidad se explora en tramas inquietantes. Vuelvo a escenas de la novela *Dune*, de Frank Herbert: Paul Atreides queda ciego, pero actúa como si pudiera ver los objetos del mundo: en realidad no los ve, sino que los recuerda. ¿Qué significa esto? Se trata de un personaje visionario que ha observado todas las ramificaciones del futuro, por lo cual puede alinear sus recuerdos del mundo futuro con la situación presente, para obtener un mapa preciso del escenario actual. Esto me lleva a una teoría científica conocida como procesamiento predictivo, según la cual el cerebro humano funciona mediante la elaboración de predicciones acerca del entorno y del propio organismo. De acuerdo con esta teoría, el contenido de nuestra conciencia está formado por estas predicciones, que se corrigen de manera constante mediante las señales que provienen de los órganos sensoriales. Para decirlo con una fórmula común, nuestro cerebro genera una “alucinación controlada” y esa alucinación es realmente el contenido de nuestra experiencia subjetiva. En los problemas neurológicos y psiquiátricos se presentan estados de “alucinación descontrolada”.

Se ha dicho tradicionalmente que el alma (o la mente) es inmaterial. Pero la memoria nos revela el vínculo inherente de los estados mentales con las propiedades físicas del tiempo, porque la flecha psicológica apunta siempre en la misma dirección hacia la cual apuntan la fecha cosmológica y la flecha termodinámica. Este parentesco profundo me recuerda una vieja historia según la cual la Memoria es hermana del Tiempo. En la *Teogonía*, de Hesíodo, la diosa Gea y Urano procrean a Cronos, el tiempo, y a su hermana Mnemósida, la memoria. En un sentido, la memoria es uno de los signos de la vulnerabilidad humana, porque nos obliga a reconocer que somos incapaces de recordar el futuro, y que nuestras vidas están incrustadas en el tiempo. ■

Fuente > Forbes

REDES NEURALES

POR JESÚS
RAMÍREZ-BERMÚDEZ

@JRBneuropsi

FLECHAS DEL TIEMPO

“¿CÓMO PODEMOS SABER SI EL TIEMPO ES TAN SOLO UNA ILUSIÓN? ¿CUÁLES SON LOS CRITERIOS PARA ESTABLECER SU REALIDAD Y SUS RELACIONES CON LAS LEYES DE LA NATURALEZA?”

EL CORRIDO DEL
ETERNO RETORNO

POR **CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charlyfornicio

DON BILL CALLAHAN
DE A GORRA

A sí que ahí estaba yo. En un bar de Castro, el barrio gay de San Francisco. En el precopeo intenso. Con La contadora del rock y Lucifer. Dándole cran a la tarde, consumido por la lentitud de las horas. Me asomaba cada rato a ver si ya había anochecido pero la luz del sol se empeñaba en llevarme la contraria.

El motivo de mi ansia: Bill Callahan. En el bar había más raza: Wences, Jim, Yael, Ale, Calderas, Alina. Había tantos poppers que ya nadie los pelaba. Un frasco rodaba por el piso. Otro estaba olvidado en la barra pegada a la pared. Y en una bolsa sobrevivían varios sin abrir. Cosa distinta a la noche anterior, cuando sólo había un rasco y todos nos lo peleábamos. Las alarmas se encendieron cuando desapareció por varios minutos. Pensábamos que alguien se lo había llevado sin querer. Por fortuna lo encontramos y nos regresó la fiesta.

Desde que supe que pisaría San Francisco, me puse a buscar conciertos. Los dioses del folk me sonrieron. Don Callahan se presentaba dos noches seguidas en The Chapel, en la calle de Valencia, en el corazón de Mision. Una oportunidad así no se puede desperdiciar. Callahan nunca ha pisado tierras mexicanas. Para tocar, porque seguro que ha bajado a Tijuana a comerse unos tacos gobernador. O quizá nunca lo haga. Por eso había que aprovechar el buen tiempo y cazar a la ballena.

Perdí de vista a La Conta y a Lucifer. Fueron a la esquina a tragar algo, me dijo creo que Yael o alguien más. Tardaron una eternidad. Me bajé cuatro chelas y estas morras no regresaban. Desesperado, tomé la suicida decisión de arrancarme solo al venue. Caminé unos quince minutos, por fin se había hecho de noche, hasta que topé con la avenida. Miré hacia ambos lados y a la derecha divisé un enclave hípster. Ahí debe ser, me dije. Cuando llegué a la puerta me cayó el cubetazo de agua helada. Los boletos los traía La Conta. Le marqué pero no me contestó. Llamé a Lucifer y también me mandó a buzón.

EN LA PUERTA ME PREGUNTARON POR MI TICKET. Respondí que los traía una amiga que venía en camino. Pero que necesitaba entrar al baño. Me estaba ultra turbo mega miando. Me dieron indicaciones de entrar por el bar de al lado, que pertenece a la misma The Chapel. El boleto decía que el show empezaba a las 7 p.m. Y faltaban cinco minutos. Me caga llegar tarde a conciertos. Y al cine también. No soy de esos pachorrudos que siguen tan despreocupados en la dulcería cuando ya comenzó la película.

Cuando salí del baño voltee a la izquierda y la vi. Era la puerta que conectaba con el venue. No resistí la tentación y me colé. Había una chica encargada del acceso. Pasé junto a ella y me levanté la manga de la sudadera como enseñándole una pulsera de las que te ponen en la entrada. La luz no era tan deficiente como para no darse cuenta de que en mi muñeca no bailaba nada, pero el gesto de levantar el brazo la convenció. Eso se llama ser dueño de la situación. Pero ni tanto, ya que después de aquello no pude salir al baño hasta que se acabó el show, casi tres horas después.

Como había llegado temprano, estaba en primerísima fila. Le podía ver los pelos de la nariz a don Callahan. Minutos después, sonó mi teléfono. Era La Contadora. Para avisarme que se regresaba al hotel. No había podido entrar porque nuestros boletos eran para el domingo. Vente pero en chinga, le dije. Y la instruí para que entrara por un costado, como lo había hecho yo. Ingresó al bar, pidió pasar al baño y quedó sola frente a la portería. Sólo tenía que empujarla. Pero por poco no lo consigue. La defensa, la que controlaba el acceso, la vio y cuando iba a pedirle que le mostrara su pulsera pegué un grito de regocijo como si no la hubiera visto en años. Le hice señas, vino hacia mí, la abracé y la jalé para adentro.

Si lo hubiéramos planeado, no nos hubiera salido. Y como era *sold out*, tampoco hubiéramos podido entrar



Cortesía del autor

pagando. Ay, Santa Cecilia, qué parotes me tiras. Y eso que no toco ningún instrumento.

Después de fumarme una hora a un standopero de mierda, ay Billy por qué me haces eso, uno de los legítimos herederos de Johnny Cash salió a cantar sentado en una silla, no de montar, en una de madera. Como si estuviera en el porche de una casa en una serie de televisión campirana. Un asunto de vaqueros pues. Aunque don Callahan no vestía como suele hacerlo cuando va a cabalgar, su *outfit* era pantalón de mezclilla y suéter de escolapio aplicado que saca puro nueve parriba. Con su peinado a la Benito Juárez, pero en rubio suicida.

La Conta y yo comenzamos a babear de los oídos como norteños frente al refrigerador de cortes de la ganadería Rancho el 17. La Capilla estaba sumida en un silencio reverencial. No se oía ni el rumiar de las vacas. Sólo el silbato del tren pero muy a lo lejos. Como si viniera a la altura de Petaluma. Pinches gringos, cómo me caen mal. Tienen todo en bandeja de plata. Conciertitos de estos hay cada fin de semana, no que en Ciudad Godínez uno tiene que esperar lustros. Y a veces ni eso. Muchos artistas de plano no bajan.

EL PÚBLICO EMBELESADOTE. La cerveza a nueve dólares. Y don Callahan cante y cante y chifle y chifle. Lo que este hombre puede hacer solo con su guitarra es más de lo que muchas bandas con nueve o diez miembros consiguen. Don Callahan también se presenta a veces con su conjunto, pero ahora nos tocó en solitón. Era onda íntima la cosa. Y por mucho que se lució *El Coyotes* apenas y se despeinó. Está bárbaro para cantar las rancheras este cuate.

Y que se saca las de Smog, su *side proyect* de lo más entrañoso. Desde donde estábamos, a escasos dos metros, pon tú que dos y medio a lo mucho, podíamos ver que don Callahan traía el cacle bien boleado. Les digo que más parecía güerquito en día de clases que héroe de la guitarra de palo. Me moría de ganas de miar, pero mi emoción las superaba. Así que me contuve durante las dieciséis rolas ¿o eran diecisiete? que se reventó para el público progre allí reunido. Estuve a punto de doblarme un par de veces, pero en una reconocí los acordes de "Drover" y me aguanté las ganas de salir corriendo al mingitorio. Total, me dije, si me orino en los pantalones, con que sea quedito y no me escuchen pa que no me saquen los guarros.

Cuando se acabó el show, don Callahan pasó junto a nosotros y vi que estaba bien bronceado. Aquí no fue, me dije, en las frías playas de San Francisco no se arma. Pa mí que o era bronceado de cama, me lo imaginé viajando con su artefacto por todo el país, o que le habían hecho la técnica de la aerosolgrafía.

Al día siguiente volvimos, pero esta vez con nuestros boletos. Ya era feliz, por el doblete, pero me puse todavía más cuando se reventó "Riding for the Feeling".

Fin del comunicado. 📺

“PINCHES GRINGOS, CÓMO ME CAEN MAL. TIENEN TODO EN BANDEJA DE PLATA. CONCIERTITOS DE ESTOS HAY CADA FIN DE SEMANA, NO QUE EN CIUDAD GODÍNEZ UNO TIENE QUE ESPERAR LUSTROS.”